**La mujer frente al espejo: nuevas virilidades**

**Relator:** Maria Josefina Fuentes

**Participantes:** Graciela Bessa, Jésus Santiago, Lucila M. Darrigo, Maria Inês Lamy, Teresinha Meirelles do Prado

**La virilidad *norme-mâle* en la mujer**

En la década del 30, el tema de la sexualidad femenina giró en torno a la cuestión de si la identificación masculina de la niña al padre sería un obstáculo, o más bien daría acceso a la feminidad. Mientras que Karen Horney y Ernest Jones defendían una identificación sostenida en el vínculo innato y directo a la madre, frente a la cual, la masculinidad sería una defensa, Freud y algunas analistas como Hélène Deutsch, insistían en la primacía fálica como la normalidad para los dos sexos – la *norme-mâle,* de acuerdo al *Witz* de Lacan[[1]](#footnote-1) que evoca lo *normal* (normal) y la *norma mâle* (norma masculina). A pesar de las críticas feministas, Freud es intransigente en relación a la tesis del falocentrismo en el inconsciente según la cual sólo se reconoce un significante, el falo, para designar la disimetría de los sexos, siendo que una identificación propia de la mujer es lo que permanece ausente.

En la misma dirección, Lacan en 1958, lejos de resumir la “asunción del sexo en términos de roles”[[2]](#footnote-2), cuando criticaba la naciente clínica de genero, sitúa la disimetría en términos de *ser* o *tener* el falo, destacando el carácter viril intrínseco en la estrategia femenina de la mascarada: “para ser el falo, esto es, el significante de deseo del Otro, la mujer va a rechazar una parte esencial de la feminidad”[[3]](#footnote-3). De ahí, incluso, el efecto curioso de que “la propia ostentación viril parezca femenina”[[4]](#footnote-4). Además, afirma enseguida que “conviene indagar si la mediación fálica drena todo lo puede manifestarse de pulsional en la mujer.”[[5]](#footnote-5)

Fue solo en los años 70 cuando Lacan se adentró en el *dark continent* freudiano para abrir la Caja de Pandora con el recurso de la lógica, esclareciendo que la mujer es *no-toda* sujetada a la lógica masculina. El falocentrismo, como función de goce, se impone *para todos* en el lado masculino de la sexuación – conjunto definido por la excepción del Uno que escapa a la castración. “La castración ciertamente da continuidad, como vínculo con el padre, a lo que es connotado en todo discurso como virilidad” – esclarece Lacan[[6]](#footnote-6). Mientras que, sin esencia, ni existencia, La mujer, definida en términos universales, no existe en el inconsciente. Forcluída de lo simbólico y de lo imaginario[[7]](#footnote-7), queda como Otra, ausente de sí misma, al experimentar un goce *no-todo*, indecible, encarnado, así en la dialéctica falocéntrica, la alteridad del Otro absoluto.

 Cuando Lacan reafirma que “contrariamente a lo que se cree, el falocentrismo es la mejor garantía de la mujer”[[8]](#footnote-8), indica que la virilidad como *norme-mâle,* lo que implica a la castración como pérdida de goce para ambos sexos, protege al sujeto de enloquecer de un goce femenino que podría arrastrarlo, allí donde él no se encuentra, tanto más cuanto que desagarra los límites de la castración, presentándose de modo mortífero. Por otro lado, cuanto más la mujer se agarra al Uno del goce fálico universal, al imperio de las identificaciones imaginarias, más segrega lo femenino que la habita, y cuyas condiciones de goce sólo pueden ser enunciadas en singular, a partir de las formas sintomáticas de cada una.

Entonces, postulando una virilidad *nor-mâle* definida en términos lógicos – que no se confunde con los semblantes imaginarios masculinos que una mujer puede asumir –, y que en toda identificación sexuada hay un imposible que no recubre lo real del sexo para el ser hablante, el psicoanálisis se diferencia de una práctica retrógrada que apuntaría a restablecer el dominio del binarismo hombre/mujer. De lo contrario, con el concepto de *no-todo*, señala una salida para los impases del ser hablante cuando está encerrado bajo el régimen del goce todo fálico que segrega lo femenino, no sin angustia.

***No-toda* en el espejo y la respuesta de la histérica freudiana**

*No-todo,* el cuerpo sexuado de la mujer no encuentra representación, ni en el significante, ni en la imagen del espejo que se constituye “como una identificación, en sentido pleno que el análisis atribuye a ese término, es decir, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen”[[9]](#footnote-9). Sin embargo, cuando la función fálica opera y el objeto *a* es extraído del cuerpo, aunque la identificación con la imagen ideal conferida por el discurso del Otro falle en escribir la relación sexual, sirve de ropaje para la pura vacuidad de La mujer, dando consistencia fálica a los semblantes por medio de los cuales una mujer puede identificarse a su propio cuerpo.

 En esencia, carente de una identidad y contrariamente a lo que Freud afirma, la mujer no es narcisista, sino secundariamente[[10]](#footnote-10), es decir, el narcisismo como amor a sí mismo, común a los dos sexos, surge en la mujer como respuesta a lo que Lacan designó como “narcisismo del deseo”[[11]](#footnote-11). Esta es la expresión del amor femenino al deseo del Otro, del cual una mujer extraería la consistencia corporal fálica cuando responde al modo fetichista del deseo masculino, a condición que consienta a ser tomada como objeto de un deseo singular. “La mujer sólo puede ocupar su lugar en la relación sexual, sólo puede serlo, en calidad de *una mujer*. Tal y como lo acentúa vivamente – prosigue Lacan – no existe *todas las mujeres*”[[12]](#footnote-12).

Frente a la forclusión del significante de La mujer en el inconsciente, la respuesta emblemática de la histérica consiste en transformar el agujero de la estructura en enigma a ser desvelado por un Otro en el lugar de la excepción, que le entregaría la identidad de La mujer. O sea, moviliza la significación fálica como suplencia de la relación sexual que no existe, haciendo del fracaso de ésta[[13]](#footnote-13) su triunfo para reinar sobre el amo, clásicamente encarnado por el padre, con el cual se identifica. “Lo que la histérica articula ciertamente, es que en materia de jugar a *todohombre,* ella es tan capaz de hacerlo como el mismo *todohombre*, o sea, por lo imaginario”[[14]](#footnote-14).

Ávida de una identificación que la proteja de la inexistencia, la histérica convoca a Otro que la alivie de su propia división, refugiándose en la norma fálica de *todo* viril. Basta un “mi mujer no es nada para mí”, como confesaba el Sr. K, para que el mundo de Dora cayese, junto con el ideal de feminidad encarnado en la Sra. K., que pasa a ser *nada* en las redes del la significación fálica. Cuando, ni *toda* ni *nada*, una mujer puede ser puede ser *Otra*, incluso para sí misma[[15]](#footnote-15), a condición que consienta a la división de su goce.

**La declinación del padre y la apelación al Uno-todo**

Tal y como propone J.-A. Miller, en el proceso de la feminización de la civilización en los tiempo en que el Otro como punto de basta no existe para detener la compulsión al goce sin límites – caída de la función paterna y del régimen edípico fundado en la lógica masculina de la excepción –, contrariamente a lo que se piensa, son las propias mujeres las defensoras más feroces del régimen de la lógica masculina. “El régimen del *todos iguales* no solo no escapa al régimen edípico, sino que, hablando con propiedad, lo constituye.”[[16]](#footnote-16)

Contrariamente a la serie infinita en la que cada mujer es excepcional, las nuevas formas del discurso histérico claman por un universal femenino – *nosotras las mujeres, como todo el mundo* – lo que correspondería en espejo, a la lógica masculina[[17]](#footnote-17).

Nos interesa aquí, por lo tanto, aislar algunas formas de las nuevas virilidades que se disponen como una defensa contra lo femenino en la contemporaneidad, o sea, no como una división del goce en la mujer, sino más bien como síntomas que rechazan el *no-todo*, cuando el amor al padre en declinación, *partenaire* clásico de la histérica, no se sostiene más en el lugar de la excepción, lo que antaño garantizaba a la histérica una armadura para el cuerpo que la resguardaba de lo femenino por la vía de la identificación con su síntoma.

***La* mujer como síntoma para ellas mismas**

Según Brousse[[18]](#footnote-18), Lacan interpreta el movimiento feminista con la pluralización de los nombres-del-padre, esclareciendo que en la serie de la inhibición, síntoma y angustia, La mujer como universal también puede funcionar como uno de los nombres-del-padre, un síntoma, cuando la función paterna ya vacilaba en la cultura.

Tal interpretación puede ser dirigida tanto al primer movimiento feminista que luchó por la igualdad de derechos de la mujer en relación al hombre – *todos iguales* –, como al feminismo francés de los años 70, que a partir de una lectura equivocada de las tesis de Lacan, buscó en el goce femenino una esencia que calificara a la mujer, promoviendo, paradójicamente, un “Todo *no-todo”.* Esta fue la tentación de pensar una diferencia femenina autorreferencial, fuera del falocentrismo, que podría ser recuperada a través de una escritura femenina, cuando La mujer que no existe *no cesa de no escribirse.*

**Hélène Cixous y sus personajes: *El retrato de Dora* y Clarice Lispector**

 A partir de la referencia de Lacan de la histeria rígida[[19]](#footnote-19), del extenso comentario de Eric Laurent[[20]](#footnote-20) y de las discusiones del VI ENAPOL sobre las versiones contemporáneas de la histeria, analizaremos los personajes de la psicoanalista feminista y escritora, mencionada por Lacan en la clase 7 del *Seminario 23*, Hélène Cixous, debido a que aportan aspectos esclarecedores y actuales relativos al tema de nuestra investigación.

***La Dora de Cixous y la homosexualidad en la histeria contemporánea***

Lo inusual del *Retrato de Dora* que Cixous presenta en su obra de teatro, lejos de la paciente histérica, Dora, de Freud, es que ella no se interesa en absoluto por aquello que el psicoanalista, su antiguo maestro, tendría a decir sobre ella. No solamente no se presta a la interpretación de Freud – él mismo aparece bastante desorientado y constreñido –, sino que desprecia lo que él le dice, como por ejemplo, aparece claramente en los diálogos finales de la obra:

Freud: Yo diría que tú no sabías lo suficiente…

Dora: O tal vez tú te ames demasiado? […] Tú me hace reír […]

Freud: Yo te habría enseñado lo que aprendí contigo. Me hubiera gustado hacer algo por ti.

Dora: Nadie puede hacer nada.

Freud: Mantenme informado sobre lo que yo estoy haciendo. Escríbeme.

Dora: Escribir? …Eso no va conmigo! [[21]](#footnote-21)

Si Freud no está en la posición de interpretante, de excepción paterna, sin embargo es la Sra. K la que encarna la figura del Otro no castrado, depositaria del saber sobre el enigma femenino. Con razón, Laurent[[22]](#footnote-22) se pregunta si este personaje, la Dora de Cixous, sería un buen ejemplo de la histeria rígida que Lacan presenta en el *Seminario 23* – la histeria que se sostiene sin su interpretante, prescindiendo del cuarto aro suplementario del Nombre-del-Padre y del sentido fálico con el cual la histérica clásica interpreta su síntoma. La Dora de Cixous, aunque no tome al padre como objeto de amor y desprecia a Freud, elige otro *partenaire* como interpretante, la Sra. K., suponiéndole un saber universal sobre la feminidad idealizada, que adquiere el estatuto de síntoma, a partir de la creencia en La mujer que no existe. Entre más necesita de la identificación alienante a la Otra, sostén de sí misma, más desconoce la “materialidad” de lo real del goce singular que le concierne y que insiste fuera de sentido, de su síntoma.

Dora: Dígame más, dígame todo. Todo lo que las mujeres saben: cómo hacer mermelada, cómo hacer el amor […]. Usted no sabe cuanto le amo. Usted lo es absolutamente todo. Y yo no soy nada, nada. Nadie. Escúcheme: Yo le amo como si fuera Dios, alguien para quien yo no existo […]. Todo lo que Usted sabe. Todo lo que yo no se. Déjeme darle este amor…

Sra. K.: Dios mío! ¿Qué voy a hacer contigo?

Dora: Déjeme besarla. Déjeme tomarla en mis brazos. Solamente una vez.[[23]](#footnote-23)

Es muy evidente también que, si la relación homosexual de la Dora de Freud con la Sra. K., reprimida, se revelaba como efecto de la interpretación analítica, en el personaje de Cixous, por el contrario, no hay esa barrera, de modo que el acceso al Otro sexo es directo y aparece “a cielo abierto”. Prescindible, ella no necesita más del amor del padre ni del hombre para sostenerse a través de la identificación a lo que suponía ser su goce, como tampoco sostenerlo.

No más que un paso adelante – al acto – fue necesario para que proliferaran las relaciones homosexuales en la histeria en la contemporaneidad que, de acuerdo a Brousse[[24]](#footnote-24), corresponden a un nuevo síntoma, que consiste en colocar La mujer, que no existe, como Otra, idealizada, en el lugar vacío de excepción dejado por el padre en declinación. De este modo, el sujeto permanece en la lógica masculina viril, dirigiéndose directamente a Otra mujer, que revelaría la propia feminidad de la cual el sujeto se sustrae de experimentar.

En efecto, la industria cinematográfica supo captar el enredo que fascinaría a las niñas y jóvenes de hoy, que consideran la figura del príncipe encantado un cliché irrelevante. Basta considerar a *Maléfica* o a *Frozen* que prescinden del amor al padre o al príncipe encantado – o ausente o francamente un villano –, haciendo la apología del verdadero amor, el materno aunque sea devastador; o entre las hermanas que apuestan a una identificación horizonta; o aún, al *partenaire* en la soledad del Uno todo fálico, alzada en un castillo de hielo donde una mujer puede permanecer bellamente inaccesible.

Además, en relación a la obra *El retrato de Dora*, lo que llama la atención de Lacan[[25]](#footnote-25) es el modo en que fue realizada. Es la propia realidad de los ensayos lo que domina a los actores en la obra, la pragmática de la pura repetición que ocurre casi como “fuera de escena”, y no la narrativa del texto, o sea, la determinación del significante. Son sesiones psicoanalíticas en las que la dificultad para expresarse de la protagonista, Dora, está acentuada en las escenas paralelas que se yuxtaponen, donde el presente se funde con el pasado a través de discursos superpuestos y repetitivos. La linealidad del texto se pierde y el sentido, autorreferente, se disuelve en divagaciones y en la voz distante del inconsciente que resuena en la presentación. Estos rasgos estarán todavía más acentuados en los escritos de Hélène Cixous después de que ella conoce la obra de Clarice Lispector – dos años después de la puesta en escena de la obra, que ocurrió en 1976.

**Héléne Cixous frente del espejo: la identificación con Clarice Lispector**

La traductora y gran difusora de la obra de Clarice Lispector en Francia, fundadora en 1974 del Centro de Estudios Femeninos de París VIII, encontró en la obra de la escritora brasileña una forma de expresión que buscó por años, por quien desarrolla una fascinación arrebatadora, a punto de decir “yo soy Clarice Lispector”, o “Certeza que Clarice Lispector me da mi similitud oculta”[[26]](#footnote-26).

No muy lejos de su retrato de Dora, declara francamente su amor a Clarice en su libro feminista, *La risa de la Medusa*:

“No podemos vivir sin que existan mujeres que presten atención a la vida […] Para conservar la vida necesitamos sentir que las mujeres viven muy cerca de nosotros. Clarice es el nombre de una mujer capaz de amar a la vida por todos sus nombres calidos y frescos. Y la vida acude. Dice: soy. Y, al instante, Clarice es. Clarice es toda entera en el instante en que se consagra a ser, viva, infinita, ilimitada en su ser. Cuando digo: Clarice, no es simplemente para hablar de una persona, es para pedir a Clarice una alegría – un miedo –, una alegría espantada. […] Sin embargo, miedo? Miedo en la adoración? Miedo a adorar?”[[27]](#footnote-27)

El estilo que tanto buscaba fuera de la referencia falocéntrica para una “escritura femenina” – término acuñado por Cixous y que fue adoptado por los estudios de género – está basado en una narrativa marcada por lo que ella llama “feminidad libidinal”[[28]](#footnote-28), cuyo mayor ejemplo lo encuentra en el libro de Clarice Lispector, *Agua Viva.*

Para Cixous, la escritura de Clarice, a diferencia de la de Joyce, “no tortura al significante, por el contrario […]. No es al nivel de la palabra que opera.”[[29]](#footnote-29) Se trata, para la feminista, de un texto que inscribe la feminidad en el nivel de la forma misma de la escritura, a través de la abolición del sentido, de frases sueltas y desarticuladas, sin principio ni fin, sin límite ni marco, siguiendo el ritmo del cuerpo como en una corriente de agua viva en la que hay que sumergirse.

En la defensa de un femenino supuestamente vanguardista, Cixous, también especialista en Joyce, lo consideraba un hombre “totalmente reaccionario”[[30]](#footnote-30) por descalificar el lugar de la mujer en su obra y permanecer dentro de las estructuras familiares clásicas. La crítica al patriarcado conservador recaería también sobre Freud por haber permanecido en la premisa fálica, advertida de que el falo es una falacia.

“El falocentrismo es el enemigo. De *todos.* Los hombres también salen perdiendo, de modo distinto que las mujeres, pero también seriamente. Llegó la hora de cambiar, de inventar otra historia.”[[31]](#footnote-31)

Irónicamente, cuanto más busca Cixous identificarse a la Otra mujer idealizada, más se distancia de su feminidad singular, protegiéndose del real femenino que busca en la escritura de Clarice. Así, en la apología del Uno-todo femenino autorreferente, la feminista paradójicamente, segrega el *no-todo* y la lógica propia de la posición femenina elucidada por Lacan, protegiéndose de lo que que *no cesa de no escribirse.*

Una a una, no le queda más a cada mujer que reconocer los modos de goce que le conciernen para identificarse, ni al padre, ni al falo, ni a la Otra, sino con su sínthoma, inigualable.

**Clarice Lispector y el abismo del espejo vacío.**

En cuanto a Clarice Lispector, quizás podamos concluir con las palabras que el poeta Carlos Drummond de Andrade escribió en la ocasión de su muerte: “Clarice vino de un misterio, partió hacia otro.”[[32]](#footnote-32)

Lejos del lugar del ideal en el que suele ser evocada, especialmente por las lectoras que tienden a identificarse con lo que su escritura personifica, Clarice, por el contrario, era profundamente “extranjera en la tierra”[[33]](#footnote-33), exiliada del mundo, indescriptible para sí misma, cuya escritura, llena de nombres perdidos, robados, diseminados, da consistencia a lo inexistente, en los confines de un mundo humano, siendo la fragilidad misma de la existencia lo que compone la tónica general en su obra.

Lanzada a la desintegración, a la ausencia de identidad del vacío de la imagen, escéptica frente a los artificios humanos, se hunde en el sin-sentido, conduciendo al lector a habitar la precariedad de un mundo sin referentes. Sus personajes se desintegran con una narrativa que produce una disolución extrema: “del narrador, de la protagonista, o del propio texto y de su aparente ‘enredo’ inicial” – según propone T. do Prado[[34]](#footnote-34) –, culminando en una experiencia de pura desubjetivación, la ruina de las identificaciones y la pérdida de las referencias en un mundo incomprensible.

“Muerta” era como se nombraba cuando no escribía, concibiendo su escritura como el acceso a la ausencia radical de sí misma: “Escribir es recordarme lo que nunca existió […] Lo que nunca nació, lo que nunca viví: pero yo recuerdo, y el recuerdo es una carne viva.”[[35]](#footnote-35)

En los pasajes duros y estrechos de *A paixão segundo G.H,* la escritora muestra el horror de quien solo pudo encontrar una identidad para sí misma en la vida que por fin no se le escapa: en la cucaracha a la cual se reúne.

“!Qué abismo entre la palabra y lo que ella intentaba…!”[[36]](#footnote-36), expresa quien seguramente estuvo profunda y terriblemente advertida de que el “yo es solamente uno de los dos espasmos instantáneos del mundo.”[[37]](#footnote-37)

 Traducción: María Victoria Clavijo

 Revisión: Maria Josefina Fuentes

1. Lacan, J. “O aturdito”. In *Otros escritos*. Rio de Janeiro: Zahar, 2003, p. 480. [↑](#footnote-ref-1)
2. Lacan, J. “Observação sobre o relatório de Daniel Lagache”. In *Escritos*. Rio de Janeiro: Zahar, 1998, p. 689 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-2)
3. Lacan, J. “A significação do falo”. In *Escritos,* op. cit. p. 701 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-3)
4. Ibid., p. 702 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-4)
5. Lacan, J. “Diretrizes para um Congresso sobre a sexualidade feminina”. In *Escritos,* op. cit, p. 739 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-5)
6. Lacan, J. “O aturdito”*,* op. cit. p. 460 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-6)
7. Cf. Brousse, M.H. “Las feminidades: el Otro sexo entre metáfora y suplencia”. En *Del Edipo a la sexuación*. Buenos Aires: Paidós: 2001, p. 60. [↑](#footnote-ref-7)
8. Lacan, J. “Conferência em Genebra sobre o sintoma”. In *Opción lacaniana,* São Paulo, Ed. Eolia, n. 23, diez, 1998 p. 16 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-8)
9. Lacan, J. “O estádio do espelho como formador da função do eu”. In *Escritos*, op. cit.,p. 97 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-9)
10. Cf. Laurent, E. “Positions féminines de l’être”. In *La Cause Freudienne*, Paris, Seuil, n. 24, 1993, pp. 107-113. [↑](#footnote-ref-10)
11. Lacan, J. “Diretrizes para um Congresso sobre a sexualidade feminina”, op. cit., p. 742. [↑](#footnote-ref-11)
12. Lacan, J. *Seminário, livro 18: de um discurso que não fosse semblante.* Rio de Janeiro: Zahar, 2009, p. 133 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-12)
13. Lacan en “O aturdito” (op. cit., p. 459) esclarece que el fracaso es de estructura: “la función fálica […] es solamente un modo de acceso sin esperanza a la relación sexual” (trad. libre). [↑](#footnote-ref-13)
14. Lacan, J. *Seminário, livro 18: de um discurso que não fosse semblante*, op. cit, p. 134 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-14)
15. Laurent, E. “Positions féminines de l’être”, op. cit. [↑](#footnote-ref-15)
16. Miller, J.-A. *La naturaleza de los semblantes*, Buenos Aires; Paidós, 2001, p. 57. [↑](#footnote-ref-16)
17. Cf. Laurent, E. “Semblantes e sinthoma”. In *A psicanálise e a escolha das mulheres.* Belo Horizonte: Scriptum, 2012, p. 208 [↑](#footnote-ref-17)
18. Brousse, M. H. “Feminismo”. In *Scilicet dos Nomes do Pai.* AMP, 2006, pp. 55-56. [↑](#footnote-ref-18)
19. Lacan, J. *O Seminário, livro 23: o sinthoma*. Rio de Janeiro: Zahar, 2007, pp. 101-114. [↑](#footnote-ref-19)
20. Laurent, E. “Conferencia: El sinthome”. In *Consecuencias*, Revista digital de psicoanálisis, n.13/14. [↑](#footnote-ref-20)
21. Cixous, H. *Portrait of Dora.* London: John Calder/ Dallas: Riverrun, 1979, p. 66 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-21)
22. Laurent, E. ibid., p. 2. [↑](#footnote-ref-22)
23. Ibid., pp. 40-41 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-23)
24. Brousse, M. H. “L’homosexualité au pluriel ou quand les hystériques se passent de leurs hommes de paille”. In: *Elles ont choisi: les homosexualités féminines.* Paris: Ed. Michèle, 2013, pp. 21-35. [↑](#footnote-ref-24)
25. Lacan, J. *O Seminário, livro 23: o sinthoma*, op. cit., p. 102. [↑](#footnote-ref-25)
26. Cixous, H., *Photos de Racines*. Paris: Ed. Des femmes, 1994, p. 89 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-26)
27. Cixous, H. *La risa de Medusa: ensayos sobre la escritura*. Barcelona: *Antrhopos*, 1995, p. 129. [↑](#footnote-ref-27)
28. Entrevista a Betty Milan: http://bettymilan.com.br/artigos/publicados/90-63-helene.htm. [↑](#footnote-ref-28)
29. Ibid. (trad. libre). [↑](#footnote-ref-29)
30. Ibid. (trad. libre). [↑](#footnote-ref-30)
31. Cixous, H. *La risa de Medusa*, op. cit, p. 41. [↑](#footnote-ref-31)
32. Moser, B. *Clarice, uma biografia.* São Paulo: Cosac Naify, 2009, p. 13 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-32)
33. Ibid. [↑](#footnote-ref-33)
34. Prado, T. M. “O nada como causa em Clarice Lispector”. In *Opção lacaniana,* São Paulo, Edições Eólia, n. 52, set./2008, p. 59 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-34)
35. Lispector, C. “Lembrar-se do que nunca existiu”. In *A descoberta do mundo.* Rio de Janeiro: Rocco, 1999, p. 385 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-35)
36. Lispector, C. *A paixão segundo G.H.* Rio de Janeiro: Rocco, 1998, p. 67 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-36)
37. Ibid., p. 178 (trad. libre). [↑](#footnote-ref-37)